

Navarro Wolff. Las fotos y los documentos le confieren un gran valor testimonial al libro. El más importante de todos esos documentos, porque es de una impresionante trascendencia histórica, es el titulado "Plan de realización del supremo sueño de Bolívar", elaborado por Augusto César Sandino en marzo de 1929 (págs. 175-195), cuyo primer punto dice así: "La Conferencia de Representantes de los veintiún estados integrantes de la Nacionalidad Latinoamericana declara abolida la Doctrina Monroe y, de consiguiente, anula el vigor que dicha Doctrina pretende poseer para inmiscuirse en la política interna y externa de los Estados Latinoamericanos" (pág. 179). Esto parece escrito hoy mismo, y no hace ochenta años, lo cual muestra la perspectiva política de Sandino, uno de los mejores hijos de estas tierras indoamericanas.



Para terminar, podemos decir que nos encontramos ante un libro muy desigual, del cual puede rescatarse el aporte documental y el excelente material gráfico, y algunos atisbos sueltos de la primera parte. El resto del libro es, en términos factuales, pobre, porque salvo el caso de Alfonso Alexander, no hay información empírica significativa sobre los sucesos históricos mencionados. Además, no tiene ninguna perspectiva analítica clara, lo que se aprecia en el ordenamiento del material que en pocas páginas pasa de hablar de temas tan dispares como la resistencia indígena a la independencia (sin incorporar los resultados de recientes investigaciones al respecto) a las criminales acciones paramilitares y a darle, por último, la palabra al Navarro Wolff de la época del M-19. Eso no tiene ningún orden lógico ni analítico, salvo que todos los acontecimientos tie-

nen que ver con el departamento de Nariño, lo cual en sí mismo no es un muy buen criterio de selección, si no está antecedido y mediado por otros aspectos mucho más serios y consistentes (tales como el análisis de contextos, la consulta de fuentes, el manejo de hipótesis explicativas...), so pena de caer en un provincianismo insulso.

La segunda parte del libro, así como la mencionada entrevista, está formada por fragmentos de los que se había podido prescindir por completo, porque no aportan nada significativo, antes por el contrario convierten al libro en un híbrido insustancial, en una especie de salpicon insípido, al tratar muchas cosas pero, a la larga, todas con poco rigor. Se había podido elaborar un libro que tuviera, por lo menos, alguna unidad temática si se hubiera consagrado de manera exclusiva a recordar la vida de Alfonso Alexander, sin pretender hablar del pueblo nariñense, rebelde y bravío, pues eso de verdad amerita muchos estudios serios y responsables.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor,
Universidad Pedagógica Nacional

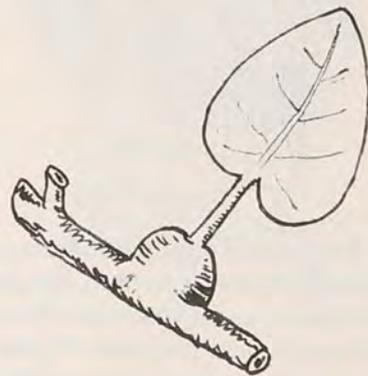


Descubriendo que el agua moja

La influencia de los Estados Unidos en el Ejército colombiano, 1951-1959
Saúl Mauricio Rodríguez Hernández
La Carreta Editores y Universidad Nacional de Colombia,
Departamento de Historia,
Facultad de Ciencias Humanas,
sede Bogotá, Colección Ojo de agua,
2006, 145 págs.

Hay varias clases de monografías y tesis de grado de historia. Unas, la mayoría, son de muy mala calidad en términos formales y de contenido, y otras, excepcionales, constituyen aportes significativos al conocimiento. Las primeras no merecen convertirse en libros y deberían seguir re-

posando en los anaqueles de las bibliotecas de las universidades, esperando que algún incauto las consulte. Las segundas sí ameritan hacerse libros en el sentido estricto de la palabra y darse a conocer entre un público más amplio que el perteneciente al círculo restringido de la tribu. De las primeras, puede decirse que son insulsas, aburridas y, en general, están mal escritas. Se caracterizan por cumplir con los requisitos académicos, es decir, se encuentran repletas de citas, referencias y alusiones a cosas que estrictamente sólo les interesan a los iniciados, aunque para el resto de los mortales constituyan textos indigeribles por su lenguaje, su pedantez y su vacua erudición.



Lo peor sucede cuando el autor de una tesis de regular calidad pretende convertirla en un libro, sin hacerle los ajustes requeridos para dar tal paso, puesto que existen grandes diferencias entre una tesis y un libro. Una tesis emplea un estilo, un lenguaje y una presentación formal de tipo académico protocolario, que se adecúa a las exigencias del mundo universitario y a sus formas de comunicación, pero un libro es algo más que una tesis, porque su escritura debe intentar superar los rituales, limitados y estériles, del lenguaje académico convencional, no debe abusar de las citas y referencias y debe ser ágil y atractivo. El paso de tesis a libro supone, entonces, un esfuerzo de reelaboración del escrito original por parte de su autor.

Pues bien, el "libro" que ahora comentamos sobre la influencia de los Estados Unidos en el Ejército co-

lombiano siguió siendo una tesis de grado, aunque haya sido presentado como un libro. Para comenzar tiene una carátula con una foto horrorosa, su diagramación no es para nada atractiva, y sus 96 páginas —que componen el cuerpo central del texto— están atiborradas de la espeluznante cantidad de 384 referencias a pie de página, lo cual supone un promedio de cuatro referencias por página, referencias que, adicionalmente, son presentadas en cada capítulo de manera continua, es decir, que cada capítulo no empieza en la cita 1 sino que prosigue con la numeración de 1 a 384, lo cual hace mucho más farragosa la edición del texto. A esto hay que agregarle que buena parte de esas referencias son absolutamente innecesarias y ocupan casi la mitad del texto, lo cual lo reduce a algo así como a unas cincuenta páginas. En el terreno de esta excesiva citadera no hay ningún esfuerzo del autor, ni del editor, por hacer más manejable la situación, que se torna asfixiante para un lector desprevenido. Se llega al extremo de que en tres renglones aparezcan tres o cuatro notas, como en las páginas 43, 52, 79 y 91. Esta última página se lleva las palmas, porque en un párrafo y medio, formado por catorce líneas, aparecen ocho notas. Un verdadero abuso para el lector, máxime si tenemos en cuenta que son notas de referencia que se habían podido presentar de otra manera.

Adicionalmente, a la falsa erudición documental de este “libro”, deben agregársele los graves problemas de redacción, de puntuación y hasta de uso de los tiempos verbales, que muestra de principio a fin. Al texto le faltó la mano de un corrector de estilo, que colocara comas y puntos en los lugares adecuados. Para completar, en lo relacionado con el rigor, se comete el desliz en la página 18, nota 16, de citar a Lucien Febvre, pero a pie de página aparece el título de un libro de Fernand Braudel (!).

En cuanto al contenido del texto, que queda en segundo plano como resultado de la lastimosa edición, puede señalarse que el autor preten-

de aproximarse al tema del Ejército sin “ninguna causa distinta a la ciencia” (pág. 20). ¡Que se esté escribiendo acerca de una página tan nefasta para la historia de Colombia, cuyas consecuencias se proyectan hasta el día de hoy, como la relacionada con el reforzamiento de los vínculos entre las fuerzas armadas de Colombia y el gobierno de los Estados Unidos, y se diga que se hace a nombre de un conocimiento científico plenamente objetivo, expresa o una estrechez de miras o la suposición que el conocimiento social es algo neutro y desinteresado!



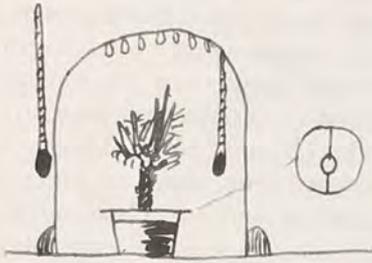
Y en esa misma dirección, aunque en la contracarátula del texto se sostenga que “partiendo de un análisis innovador” se “rompe el tradicional señalamiento de los lazos ‘imperialistas’ sobre la relación entre el Ejército de Colombia y el estadounidense”, lo que se encuentra en el libro es justamente lo contrario: la reafirmación de que los nexos de las fuerzas armadas de este país se establecieron con los Estados Unidos en los términos más imperialistas que se puedan concebir. Que en los departamentos de historia, como en el que se formó el autor de este opúsculo, no se use el concepto de imperialismo y que éste haya sido reemplazado por la moda nebulosa de la globalización, en la cual se supone que la interdependencia habría sustituido a la dependencia, no quiere decir que las relaciones entre potencias y países subordinados (como lo ha sido, y lo sigue siendo hasta este momento, Colombia) no estén regidos por la dominación imperialista. Al respecto, no sobra recordar que en plena Guerra Fría —con el

anticomunismo visceral que se impuso en nuestro país, a sangre y fuego por si se hubiese olvidado— la alianza del Ejército colombiano con los Estados Unidos estuvo directamente relacionada con los intereses estratégicos de la primera potencia mundial y con el alindamiento incondicional de las clases dominantes de Colombia a esos intereses.

Aunque este hecho sea mencionado por el autor, quien enumera diez puntos sobre esos “acercamientos” (págs. 17-18), entre los que se destaca que el interés prioritario de los Estados Unidos radicaba en convertir a los países de América Latina en sus “socios” incondicionales, lo que se logró, entre otras cosas, con la subordinación de los Ejércitos del continente, con la imposición de su doctrina militar de tipo anticomunista y con la “americanización” de las elites y de las cúpulas militares. Repetimos, aunque esto se mencione en la introducción no se desarrolla suficientemente en el cuerpo del libro, ni se le atribuye la importancia que merece. Esas menciones quedan casi como hechos anecdóticos.

Digamos que todos los elementos de que trata el texto eran, más o menos, evidentes en algunos de los escritos más representativos, desde una postura crítica, sobre la historia del Ejército colombiano, como por ejemplo las investigaciones de Rosa Gómez Lleras y Juan Valdés, de Martín Posada, de Rigoberto Rueda o de César Torres del Río. De ahí que el autor de este texto esté descubriendo que el agua moja, porque luego de las tediosas páginas de este folleto, no aparece nada significativamente distinto que ya no se supiera sobre el Ejército colombiano: que se plegó incondicionalmente a los Estados Unidos, adoptando el más furibundo anticomunismo (recuérdese el caso de la Guerra de Corea, y la política interna del régimen militar de Gustavo Rojas Pinilla), que los textos de enseñanza militar eran escritos en inglés por teóricos militares de esa potencia y acá simplemente eran traducidos y adoptados, que el cuerpo de los lanceros fue una

copia de los *rangers* de los Estados Unidos, que los distintivos y hasta los uniformes de la PM (Policía Militar) fueron copiados de la tropa de ese país... Para probar cosas tan obvias, no era necesario publicar un libro de cien páginas, pues eso se podría resumir en un artículo de revista de cinco o diez páginas a lo sumo.



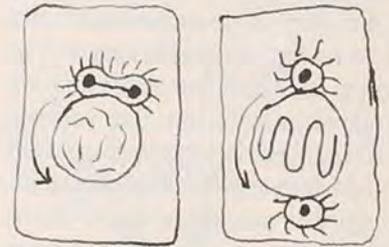
Lo que si resulta un "aporte" del autor es querer convencernos que el papel desempeñado por los gobiernos colombianos en la década de 1950 no fue una vergüenza para el país, al ser el más incondicional siervo de los Estados Unidos (el único de América Latina que envió soldados a Corea), sino que esas acciones le dieron prestigio internacional a Colombia. Las preguntas elementales son: ¿prestigio ante quien? ¿Ante el gobierno de los Estados Unidos y esa entelequia llamada "Comunidad Internacional"? ¿Ante los pueblos pobres del mundo, muchos de los cuales en ese momento luchaban por conquistar su independencia de las grandes potencias, entre ellas los Estados Unidos? Desde luego, el autor no considera estos aspectos, simplemente se limita a repetir en varias ocasiones que "en los años cincuenta la posición militar del país le permitió ocupar un lugar importante en la arena política" (pág. 30). Esto lo reafirma en las conclusiones, al decir que "Estados Unidos se convirtió en punto de referencia obligado para los países latinoamericanos, y especialmente para Colombia, hacia mediados del siglo xx, debido a que la dirigencia nacional estaba plenamente de acuerdo en que ese país fuera nuestro aliado internacional, al cual incluso se le debía apoyar militarmente. Colombia a pesar de su mo-

desta situación internacional tomó una posición de *vanguardia política y militar en el contexto mundial*, a partir de su participación en la guerra de Corea y después en la crisis del Canal del Suez" (pág. 108, subrayado nuestro). Nos enteramos a través de esta "profunda" investigación de la "primicia" que llegamos a ser, en virtud de la postración de los gobernantes de este país hace medio siglo, una vanguardia política y militar del mundo, porque el Ejército participó de manera vergonzosa en una guerra ajena a nosotros, que no tenía absolutamente nada que ver con la población colombiana. ¿Acaso, hoy como ayer, cuáles han sido los males que nos han causado los humildes habitantes de Corea del Norte o de Iraq, los mismos que antes, y ahora, han sido bombardeados por las tropas de los Estados Unidos? No sobra recordar que, en ambos casos, esos bombardeos que han dejado miles de muertos, han contado con el respaldo abierto (con tropas en un caso) y con apoyo diplomático (en el otro y más reciente de Iraq) de gobiernos colombianos.

Incluso el autor llega al extremo, calcando la propaganda oficial sobre la participación de las fuerzas armadas colombianas en el exterior, de afirmar que en Corea "todos (sic) los soldados colombianos ansiaban combatir" (pág. 55). Y enseguida afirma de manera lamentable que "esto se debió en buena parte al alto sentido de pertenencia que logró integrar a los soldados colombianos por sentirse como los *representantes* (!) de Colombia ante el mundo y frente a las otras unidades militares" (págs. 55-56, subrayado nuestro). ¡De tal manera que los intereses de los Estados Unidos, pues no era nada distinto lo que apoyaba el Gobierno y el Ejército colombianos en la década de 1950, son los intereses del mundo! Tremendo descubrimiento del que nos acabamos de enterar. De seguro, esto hará las delicias de mister Bush y de todos los imperialistas de su estirpe.

También encontramos otros "aportes sustanciales" como el siguiente: "El día 9 de junio una ma-

nifestación estudiantil... se enfrentó (sic) con el Ejército Nacional en las céntricas calles de Bogotá; diez personas resultaron muertas. Lo trágico de este hecho fue que los estudiantes sufrieron el embate de una tropa que había sido entrenada para pelear contra las hordas (sic) comunistas en Corea, pero no contra gente desarmada en Bogotá" (pág. 82). ¡Qué tal, fueron los estudiantes los que se enfrentaron al Ejército, y no éste el que los reprimió brutalmente, confundidos con las "hordas comunistas" que enfrentaba en Corea! Este tipo de lenguaje ya indica cual es el "pensamiento científico" de su autor, al cual, al parecer, se le pegó el vocabulario anticomunista y marcial de su objeto de estudio, el del Ejército colombiano.



Para concluir, sólo puede decirse que éste es un muy buen ejemplo de una tesis que nunca debió convertirse en libro, porque ni desde el punto de vista formal ni analítico lo ameritaba. Por más que se hayan consultado archivos, periódicos y la bibliografía básica sobre el tema de las fuerzas armadas de Colombia, eso parece como algo accesorio y formal, puesto que en el escrito no hay ningún aporte relevante al conocimiento del tema.

Además, la insoportable carga de notas parece indicar que ahora los historiadores están siendo formados exclusivamente en técnicas de consulta y registro de información (en un claro retroceso hacia el positivismo más rancio y desueto), pero no se les orienta en el difícil asunto de pensar teórica y políticamente los problemas, quedando sumidos en el analfabetismo político, el peor de todos los analfabetismos. Sólo eso explica que se hagan tesis llenas de

citas, referencias abundantes, pero sin ninguna pasión, sin planteamientos ni propuestas de fondo y que, por supuesto, no suscitan ningún tipo de inquietud en el lector.

Para rematar, la presentación formal y el diseño editorial del texto son tan lamentables que hubiera sido mejor que se hubiese conservado como tesis de grado, arrumada en los anaqueles del Departamento de Historia de la Universidad Nacional, porque no representa ningún aporte significativo al conocimiento de la historia de este país. Si acaso como requisito de grado estaba bien, pero como libro resulta ser un suplicio para sus eventuales lectores.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor,
Universidad Pedagógica Nacional

Sobre el racismo decimonónico de las elites criollas

**Nación y diferencia
en el siglo XIX colombiano.
Orden nacional, racismo
y taxonomías poblacionales**

Julio Andrés Arias Vanegas
Universidad de los Andes,
Facultad de Ciencias Sociales,
Departamento de Antropología,
Centro de Estudios Socioculturales
e Internacionales (Ceso),
Colección Prometeo, Bogotá, 2005,
159 págs.

El asunto de la formación de la nación colombiana durante el siglo XIX sigue suscitando reflexiones, que ahora se ven enriquecidas por el conocimiento de la producción intelectual sobre la temática de la nacionalidad y el nacionalismo que se han ido generando en distintos lugares del mundo. Al respecto ha resultado muy estimulante la difusión de la obra de Benedict Anderson (*Comunidades imaginadas*), a quien se le debe, en gran medida, el renacimiento del estudio de este problema. Di-

cha influencia también se ha hecho sentir en Colombia en los últimos años, destacándose al respecto *Fronteras imaginadas* de Alfonso Múnera. En esta misma dirección se sitúa la obra de Julio Arias Vanegas, que entramos a comentar.

Para comenzar, debe señalarse que a lo largo del libro el autor hace una presentación clara de los autores y los referentes conceptuales que han guiado su investigación. Entre esos autores se encuentran Pierre Bourdieu, Benedict Anderson, Ernest Gellner y algunos teóricos del poscolonialismo, como Homi Bhabha y Partha Chatterjee y entre los conceptos principales están los de “capital simbólico”, “racialismo”, “climismo”, “colonialidad del poder” y “colonialismo interno”.



Aunque el autor esté influido por la perspectiva poscolonial, sin embargo, a diferencia de los autores de esta corriente más conocidos en América Latina (como Walter Mignolo), no abusa de la retórica del poscolonialismo (casi una variante terminológica del posestructuralismo francés), ni recurre a juegos lingüísticos innecesarios y sofisticados, que sólo entienden unos cuantos elegidos. No, el autor claramente indica cuáles son las perspectivas teóricas que guían su investigación, sin incurrir en falsas disquisiciones teóricas. Y como en los buenos libros de historia, las nociones que el autor emplea sirven como hilo conductor del relato que se construye sobre el problema histórico considerado.

Por supuesto que algunas de las nociones usadas son discutibles, tales como las de “racialismo” y “climismo”, que se emplean reiteradamente. Aunque, repetimos, el autor es muy cuidadoso en la precisión

conceptual, puede asegurarse que estos términos simplemente son nuevos apelativos para designar al racismo y al determinismo climático. Por eso, utilizar términos como “racialismo” y “climismo”, en lugar de aclarar el asunto, puede llevar a confundirlo. Aún más, en cuanto al término “racialismo” —que forma parte del subtítulo del libro— el autor se separa de Teodorov para quien el racialismo sería una cuestión discursiva, mientras el racismo sería una asunto práctico, diciendo que “esto podría implicar una separación insostenible entre discurso y práctica” y por ello reafirma que “los textos aquí analizados provienen, se sustentan y generan discursos sobre el racismo, los cuales se originan en prácticas concretas de dominación política, cultural y económica” (pág. xviii, nota 10). En otros términos, si el racismo no sólo es una cuestión cotidiana, sino que está relacionada con determinados discursos, no creo que se justifique llamarlos a éstos racialismo y no racismo, un término más concreto y apropiado para denominar los procesos de discriminación, exclusión y dominación que se basan en la idea de que existen razas, y que además, unas son superiores y otras inferiores.

Con respecto a lo de “climismo” o “climista”, el autor nos informa que lo usa “para referirse al tipo de doctrinas o pensadores que enfatizaron, dentro del racialismo, en la explicación de la influencia o la determinación imperante del clima en la constitución física, moral y social de los hombres” (pág. 55, nota 70). Ahora bien, esto no es otra cosa que el determinismo climático, una variedad del determinismo geográfico, y sería mucho mejor utilizar esta denominación porque, a mi parecer, revela más claramente el sentido profundo de la realidad que el término quiere dar a conocer, como que las diferencias sociales, económicas, morales y culturales entre los seres humanos serían imputables a las características climáticas en que viven.

En cuanto al contenido del libro, su autor hace un estudio de los textos generados por lo que él denomi-